

Quiero comenzar con una despedida. Quiero comenzar con un adiós, no con un hasta pronto, un hasta la vista, un ya nos veremos o un hasta la próxima. No, comienzo con un adiós, un adiós de hasta nunca, un adiós de no quiero volver a relacionarme contigo, un adiós sin rencores pero un adiós tajante, de tú por tu camino y yo por el mío y que ojalá no se crucen jamás. Por mi parte haré todo lo posible para que así sea. Hoy me quiero despedir de ti. De ti y de todos y todo lo que te acompaña y rodea. Todo lo que significas y representas.

Te conocí siendo un niño. Cuando tenía 13 años ya compartíamos los fines de semana, festivos y algún que otro ratito esporádico. Cuando todavía no había cumplido los 18 ya éramos íntimos, coincidíamos todos los días y siempre tenía tiempo para ti. No voy a negar que en algún momento disfruté de tu compañía o me lo pasé bien contigo. Que en muchas ocasiones te aproveché, te utilicé y me apoyé en ti, me serviste de bastón, de válvula de escape, fuiste mi puerta de huida, mi remedio para evadirme de todo lo que ocurría y para agradarme a mí mismo. Pero, aunque se puede decir que nunca fue la deseable, llegó un momento en el que nuestra relación se volvió complicada y contradictoria y se convirtió en enfermiza para siempre jamás. Tenía necesidad constantemente de ti, eras lo primero en lo que pensaba cada día y con quien me acostaba todas las noches. Continuamente te buscaba. Sabía que tú no podías estar muy lejos y siempre encontraba la forma de estar juntos, una y otra y otra vez, sin importar las mentiras, los engaños, el daño y el dolor que pudiera provocar para conseguirlo.

Te utilizaba para tapar y esconder, ¡qué iluso era!, mis carencias, mis miedos, mis inseguridades, mis complejos, mi cobardía... a mí de mí mismo. Te utilizaba y me servías, de una forma irreal y cruel pero me servías, unas veces momentáneamente y otras por un espacio de tiempo que parecía eterno. Pero eso tenía un precio y había que pagarlo. Pasé a depender de ti física y psicológicamente, me convertí sabiéndolo en tu esclavo, llevabas el timón de mi vida y yo te lo cedí sin discusiones, tú mandabas, tú dirigías, tú lo eras todo o al menos lo único que realmente me importaba. Y yo lo acepté e interioricé como una verdad absoluta.

Así pasamos muchos años, muchos más de los que hoy, echando la vista atrás, me hubiera gustado. Nada ni nadie conseguía separarnos. Llegué a un punto que me avergonzaba de nuestra relación, me avergonzaba de ti y sobre todo y ante todo me avergonzaba de mí. Quería que fuese nuestro secreto, ya no quería compartirte con nadie ni que nadie nos viese juntos ni se diese cuenta de cuanto me influías. Únicamente quería estar contigo, ni siquiera conmigo, tú y mi soledad juntos, inseparables, aislados de todos y de todo. Me escondía y te escondía, pensaba y hacía locuras, cosas sin razón y sin sentido siempre que estaba contigo... hasta que ya no pude más.

A los 34 años te abandoné, necesité mucha ayuda y comprensión para ello pero lo conseguí con mi trabajo, mi empeño y determinación para no sentir la necesidad de estar contigo. Los siguientes siete años fueron de los mejores de mi vida. Conseguí hacer y crear muchas cosas en todos los ámbitos, el viento soplaba a mi favor. Hasta que dejó de hacerlo, hasta que empezaron a fallar e ir mal ciertas cosas, hasta que no me sentí capaz de afrontar las dificultades y problemas que tenía delante, que tenía en mi cabeza. Hasta que el suelo bajo mis pies comenzó a moverse y creí que todo era barro, que todo se tambaleaba, que todo era irreal, que todo no había servido para nada... y entonces me acordé de tí. Me recreé pensando en nuestra relación, te idealicé, deseé recurrir a tí, te busqué y rápidamente te encontré esperándome con los brazos abiertos.

Volvímos a tener una relación muy estrecha, incluso más que antes, durante un año. Abandoné todo y a todos, sólo quería estar contigo y lo único que me importaba era tenerte y sentirte. Durante esos meses pasé muy malos momentos, muchas penurias y calamidades, podría haber hasta perdido la vida sin que me importase lo más mínimo si a cambio estábamos tu y yo juntos. No recuerdo demasiado de aquel tiempo y lo que recuerdo es muy poco nítido, pero sé que era capaz de cualquier cosa por permanecer bajo tu influjo.

Hasta que de nuevo no pude más y volví a romper con nuestra relación de nuevo con ayuda, pero esta vez con más inseguridad, más miedo, menos certeza de poder vivir sin tí y de poder darle un sentido a mi vida... pero lo hice.

Hace poco más de un año volví a reencontrarme contigo, tuvimos nuestro último contacto, nuestro último flirteo. Fueron pocos días, cinco días de amor y odio hacia tí, hacia mí. Me dejé llevar por mi desesperación y a punto estuve de perder la vida, de abandonar la vida...

Hoy estoy aquí, viviendo mi época de mayor crecimiento y desarrollo personal, cuidándome, queriéndome, anteponiendo mi bienestar a cualquier otra persona o cosa. Hoy sé que no quiero volver a estar contigo, a tener contacto contigo, a sentir tus efectos sobre mí. Hoy sé

que no me solucionas nada y que lo empeoras y ensucias todo, que la vida sin ti es más vida, que la realidad es sin ti y la locura contigo. Hoy quiero decirte que se acabó, que no te necesito y que no me sirves para nada. Hoy quiero decirte ¡¡ADIÓS!!, ¡¡HASTA NUNCA!!.

*Andrés*